

POLÍTICA. Poca, pero Buena.

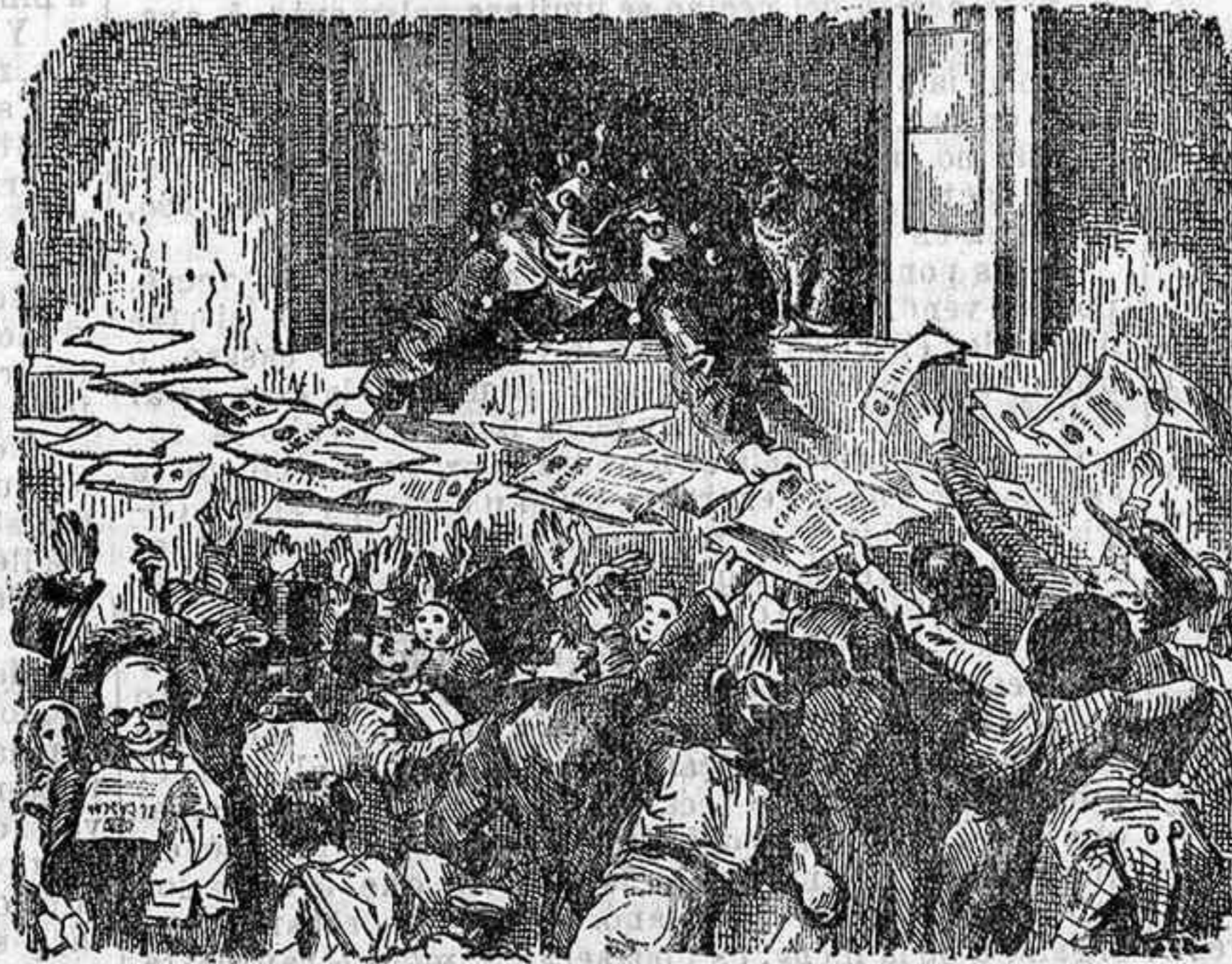
CINCO NÚMEROS CADA MES.

REGREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas, y sobre todo lo que nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SOMARÁ.

REVISTA SEMANAL.

Como no entendemos una palabra de política, en cuanto sabemos que de política se va a tratar en alguna parte, allá vamos, deseosos, en nuestra ignorancia, de aprender, oyendo a los que tienen fama de maestros.

Hace años que asistimos a las sesiones del Congreso, templo de la política, y, ó es la política la cosa más enmarañada y dificultosa que existe, ó nuestra ignorancia la más supina, crasa y dura que pueda haber en el mundo, porque en aquel templo de todas las sabidurías no aprendemos maldita la cosa.

El año pasado asistimos, detrás de un tapiz, al banquete de los progresistas, banquete político a tal extremo, que desde el ilustre presidente del *gaudeamus* hasta los mozos que servían, todos eran hombres políticos de primera fuerza... y nada aprendimos, absolutamente nada.

Hace muchos años que estamos con el afán de aprender política, leyendo los periódicos que en ella se ocupan, los seguimos cuidadosamente en sus evoluciones, en su ministerialismo, en su oposición, tomamos nota de sus contradicciones, de sus quejas, de sus elogios... y nada podemos aprender...

El domingo último, desafiando al cólera, fuimos al Circo de Price, donde se permitía la entrada a los intrusos, persuadidos de que íbamos a aprender algo... y francamente, no aprendimos ni esto sobre política... porque lo que aprendimos no debe ser política...

Hemos dicho que no hemos aprendido, nos hemos equivocado; hemos aprendido, pero precisamente lo que sabemos es lo que desearíamos ignorar...

Lo que hemos aprendido es que la política moderna es una gran farsa, un gran juego de chiquillos con el que se tiene engañados a los que no juegan, que componen la mayoría del país, la mayoría que vive del trabajo de sus manos, y sufre resignada a este y al otro y a todos los Gobiernos, cansada ya de esperar el alivio de los males que la postran, alivio que tantas veces se la ha prometido en vano.

¿Qué sucede en el Congreso en cada legislatura?

Se aprueban los presupuestos ellos solos, porque los diputados no asisten a estas discusiones, sino en corto número, se votan unas cuantas pensiones, y se trata largamente de la vida y hechos de los diferentes hombres públicos que en los últimos treinta años han tenido la suerte de gobernar a esta nación, y el triste acierto de desgobernarla cada vez más. Esto da ocasión a alusiones, recriminaciones, reconvencciones y malas razones... La política toma la forma del odio, de la venganza, de la envidia... y esto es lo que luego se da a leer al pueblo, co-

mentado por cada cual a su gusto, para que se instruya, para que aprenda política, para que vea con qué celo y cariñoso afán velan por él los que se llaman padres de la patria, que es la pobre una huérfana, tanto más desdichada, cuanto que es huérfana teniendo tantos padres.

Los periódicos políticos... ¡oh! si los periódicos políticos pudieran despojarse de sus pasiones, de sus odios, de sus rencores; si no obedecieran a los hombres, sino a los principios; si los periodistas se limitaran, sin otra aspiración, a velar por los intereses morales y materiales del país; si en todos resplandeciera la clarísima luz de la independencia, la imparcialidad y la justicia, ¡cuánto bien podrían hacer los periódicos! Hijos somos de la prensa, y como a madre la amamos y la respetamos. Para ella quisiéramos toda la gloria de la regeneración completa de las costumbres políticas y sociales...

Por eso nos duele ver las contradicciones en que incurren los periódicos: el que defiende la libertad es intransigente a veces; el que odia la libertad usa y abusa de esa libertad; el que es ministerial ha de aplaudir todo lo que hacen sus amigos, aunque no lo merezca; el que es de oposición ha de censurar todo lo que haga el Gobierno, aunque el Gobierno haga cosas buenas... La intransigencia es el carácter más saliente de la prensa. Falta a la prensa, para valer todo lo que debe y merece valer, templanza, imparcialidad absoluta y justicia, como se dice vulgarmente, seca...

Con las reuniones políticas que hemos visto del año pasado acá, ¿qué es lo que ha ganado el país? Nada, nada y nada; que es bastante demasiado poco.

Del almuerzo famoso de los Campos Elíseos ya harán VV. memoria.

De la reunión habida el domingo último, ¿qué resulta?... Resulta que un hombre, un hombre de gran talento, eso sí, dice a su partido:—Si no haces lo que yo quiero, me retiro a la vida privada... y además, te cuenta que lo que yo quiero, que es el *retramiento*, es la causa del *cataclismo económico* que nos amenaza...

¡Bien! ¡bravo!... Soberbia humana, ¡cuánto puede y cómo ciega a los hombres de más clara inteligencia!

Pues otro hombre ilustre, enemigo del retramiento, dijo que él no estaba por eso, pero que haría lo que acordara el comité.

Pues hombre, venga V. acá; si en su conciencia cree que el retramiento es una necedad, ¿cómo no se cuadra V. y hace lo que se le antoje?... Haga y diga el comité lo que quiera... V. no debe hacer a sabiendas un disparate, porque en política será cosa corriente y usual, pero es una inocentada muy grande.

Allí, en aquella reunión de hombres entusiasmados de las libertades, se ahogó la voz de los progresistas dinásticos...

¿Qué me cuentan VV? ¿Qué libertades son esas que VV. predicán y no practican?

Ya lo hemos dicho alguna vez; aquí cada uno quiere libertad para fastidiar, permitase la frase, a los demás; pero en cuanto la libertad la invoca el prójimo, entónces... ¡fuera el intruso! y voces, y clamores, y hasta silbidos...

Caballeros, caballeros, piensen VV. un poco, reflexionen, témpense y vean que si eso que VV. hacen es hacer política, no se ha visto nunca política más de brocha gorda.

Yo quiero a VV. mucho, lo mismo que a los demócratas, lo mismo que a los neos, lo mismo que a los unionistas y moderados, porque todos VV. son más prójimos... pero me duele ver que, siendo tantos los males de la patria, y siendo lo más urgente remediarlos y de poner odios y rivalidades, impropias de hombres sesudos y que aspiran a los primeros puestos de la nación, tengan VV. todos, los unos y los otros, el arrastrado gusto de agravarlos cada vez, y de procurar que al fin retumbe el trueno gordo.

Lo que están VV. haciendo todos, periodistas políticos, gobernantes, jefes de partido, segundos jefes, medias cucharas, sotas y despaviladores, lo que están VV. haciendo es cansar al pueblo, obligarle a renegar de la política, a la que miraría con la mayor indiferencia si se pudiese ver con indiferencia la ruina de los intereses morales y materiales, que se debe exclusivamente a la política egoísta, personal y rencorosa...

Y cuenta que los hombres de un partido, los moderados por ejemplo, no tienen nada que echar en cara a los progresistas, ni los neos tienen razón para motejar en los demócratas aquel mismo defecto en que ellos incurren...

Pero estamos hablando casi en serio de política... Pase este desahogo por atrevimiento de la ignorancia...

A nosotros no nos incumbe ocuparnos en política de alta escuela, toda vez que no hemos aprendido jota de esa ciencia, que hoy es un arte.

Nuestra misión se reduce a ensalzar lo bueno y a censurar lo malo que haga cada Gobierno, sin cuidarnos de cómo se llama el Gobierno...

Siga, pues, su curso la procesion... Respetando el talento de Olózaga y de Rivero, de Nocedal y Posada, admirando el valor del general Prim, reconociendo las grandes dotes de Espartero y O'Donnell y otros hombres públicos, creemos que ni el uno, ni el otro, ni el otro, ni el otro, ni el otro, pueden dar al país lo que necesita para su prosperidad, un Gobierno estable, duradero, barato, legal, justo, conciliador... mientras la política sea lo que es hoy, mientras no se reformen muy mucho las costumbres políticas que, como las sociales, están completamente pervertidas por la inmoralidad, la soberbia y el egoísmo...

Todos queremos tener lujo, y la sociedad está por esta causa pervertida.

Todos queremos ser políticos, y la política está hecha una casa de socorro; no se ven en ella mas que lástimas.

Ya saben VV. que el Cólera se marcha. Ayer estuvo comiendo en los *Andaluces* con su hija la señorita Colerina y el señor Tifus, un inglés, á quien el Cólera, que es un gitano muy largo, quiere ver si le hace cargar con la niña. Allí los vimos comiéndose una ensalada de pimientos que daba dolor de barriga verla, y refiriendo cada cual sus proezas — El Cólera lleva muy buenos recuerdos, según dijo, de una viuda muy conocida, digo, desconocida en Madrid, á la que le debe un sinnúmero de atenciones, y con la que no sería extraño se decidiera á contraer segundas nupcias, si falleciera su actual esposa, la señora doña Fiebre amarilla. La viuda que ha cautivado todas las simpatías del Cólera, es la señora doña Policia Urbana.

Y ahora, como el papel se acaba, no me resta que añadir más que la expresion de mi deseo de que todos los lectores de EL CASCABEL se olviden del Cólera, de la política y del Gobierno, con lo cual vivirán tranquilos, en compañía de aquellas personas de su estimación.

CARICATURAS SOCIALES.

LOS VECINOS.

I.

«El vecino es un sér sin piedad, sin corazon, sin entrañas; entra en vuestra casa por la puerta, si dejais la puerta abierta; por la ventana, si dejais la ventana abierta; por el agujero de la cerradura, si cerrais la ventana. Os roba vuestros secretos con la misma desvergüenza que el más osado ladrón os roba de noche vuestro dinero; hay, sin embargo, entre los vecinos y los ladrones una diferencia en favor de estos; y es que el ladrón arriesga al menos su vida, mientras que el vecino arriesga la vida de los demás.»

Y no es precisamente porque os quiera mal, nó; entonces podría aplicarse el código penal; generalmente, si os hace el mal, os lo hace á su pesar, aunque os lo haga siempre; lo que quiere, es sencillamente saber lo que pasa en vuestra casa; estais obligados á participarle cuanto se dice y hace en vuestro hogar; sois su deudor natural; él es el acreedor de vuestra felicidad.

Fuera de esto, esas personas se llaman honradas, observan los preceptos, se someten rigorosamente á todas las ordenanzas de policia, pagan con puntualidad la contribucion, barren la calle en invierno, la riegan en verano, reservan una soga de pozo nueva para los casos de incendio, van el domingo á misa, el lunes al teatro, hacen una guardia al mes, y, en fin, se conducen como todo el mundo, olvidando, sin embargo, que siendo la discrecion una virtud sublime, la curiosidad es naturalmente un vicio monstruoso.»

Así se expresa un célebre escritor francés al hablar de sus vecinos los parisienses.

Yo veo que los vecinos son una enfermedad universal, acimatada en las cinco partes del mundo, más funesta que la fiebre amarilla, el vómito negro y el cólera-morbo.

Cuando Adán y Eva cayeron en el pecado original, debió decirles Dios: «Os condeno á vosotros y vuestros descendientes á ser vecinos los unos de los otros.»

II.

Y en efecto, el hombre que quiera vivir en sociedad, está condenado á sufrir constantemente esos eternos fiscales que le rodean, le censuran, le critican, le oprimen, le molestan, le ahogan, en una palabra, su libertad, sus caprichos, sus placeres, sus necesidades.

Desde el momento en que uno entra á vivir en un pueblo ó barrio en que no le conocen, empieza el vecindario á averiguar por el niño, por la criada ó por la portera, de dónde viene, qué es, á qué viene, qué pretende, cuál es su modo de vivir, si tiene ó no familia, si es noble ó plebeyo, rico ó pobre, empleado ó militar, casado ó soltero, amable ó uraño, económico ó derrochador, morigerado ó licencioso, guapo ó feo, facha ó elegante, juicioso ó calavera.

Después de esto, entra el averiguar por el tendero, la criada ó la otra vecina que lo ve, si come, si almuerza, si toma chocolate, si merienda, si cena, qué horas tiene para comer, qué es lo que come, qué es lo que desayuna, qué plato es su favorito, qué postres prefiere, si come en la cocina ó en el comedor, si se ajusta á sota, caballo y rey, ó si tiene tambien para principio.

Y luego sabrán la hora á que se levanta, y el traje que lleva en casa, y si se afeita solo, y la habitacion en que duerme, y el balcon de recibimiento, y el del comedor, y el del despacho, y á dónde da la cocina y el cuarto de la criada.

Y después, con el ojo en la cerradura de la puerta, la grieta del tabique ó el cristal del balcon, vigilarán las horas en que sale de casa, las horas en que trabaja, las horas en que se divierte, las visitas que vienen á su casa, los amigos que tiene, y hasta el sastre que le viste y el zapatero que le calza.

Y á puro de escuchar, preguntar é indagar, llegarán á tomar posesion de vuestra vida, á ponerse al corriente de vuestras costumbres, á enterarse de vuestros secretos, á saber de memoria vuestras conversaciones, vuestros proyectos, vuestros caprichos y hasta vuestros pensamientos,

III.

Si la accion del vecino se limitase solamente á averiguar vuestras costumbres y á robaros vuestros secretos, podríais daros por satisfechos si con eso os dejaba vivir en paz.

Mas no sucede así; el vecino es testigo constante, fiscal perpétuo, sombra pesada, inconveniente, estorbo, molestia en todos vuestros actos.

Si os ponéis á comer, os interrumpirá cien veces, porque vendrá el vecino tal ó cual, que se toma ciertas libertades en vuestra casa, ó la portera, ó el casero, ó uno que se equivoca y en vez de llamar en la casa de al lado llama en la vuestra, y no os hará provecho la comida, y os levantareis cien veces, porque á uno no le sabe bueno que los extraños le vean comer, y se os enfriará la comida, y os volveréis á sentar, y habréis de regar de los vecinos, que no os dejan ni siquiera comer con tranquilidad, etc., etc.

Si os ponéis á leer, á escribir, á estudiar, á trabajar en vuestro despacho, tendreis que desistir de vuestro propósito, porque el oficial que golpea en su taller de enfrente, la criada que canta en el cuarto de al lado, el niño del segundo que toca el tambor, el del principal que llora, las vecinas del tercero que disputan, el jóven que solfea en el entresuelo, la señorita que estudia los primeros ejercicios en el piano, la guitarra del barbero, el organillo de la mona, os distraerán y molestarán hasta tal punto, que tengais que abandonar la pluma y los libros, sin haber hecho nada y con la cabeza dolorida, trastornada y hecha un maremagnum de ideas confusas y de ruidos.

Si tratáis de dormir, no os dejarán el vecino que veía, el cochero que se levanta á media noche, el café de al lado, el artesano que trasnocha, la tertulia de enfrente los que vienen del teatro, los que se recogen tarde, la madre que duerme al niño en el cuarto de al lado, la cuna que cae sobre vuestra alcoba, etc., etc.

Si os asomais al balcon, las vecinas os miran, y teneis que saludar, y os hablan, y os preguntan, y los otros vecinos lo critican, y luego se habla de boda en la vecindad, etc., etc.

Si no os asomais, vuestra casa está siempre cerrada y parece casa de duendes.

Si gritais ó regañais á la mujer ó á la criada, sois un genio impertinente e inaguantable; si cantais, sois un alborotador, un loco de remate.

Si teneis niños ó habeis caricias á los del vecino, estos se entran á todas horas en vuestra casa, os arman una algarabía, teneis que cuidar de que no se rompan la cabeza, habeis de darles de comer y sufrir que os atruene la cabeza, os ensucian los muebles, os rompan los cristales ó los espejos, y despues de esto darles dulces para que callen.

IV.

Y eso es solo lo que sucede de continuo, que nada hemos dicho de otras molestias que pudiéramos distinguir con el nombre de *extraordinarias*.

La señora que viene al barrio á vivir, y da parte de su venida, y hace una visita con sus hijas para darlas á conocer, y habla de su esposo ó de su difunto, que en paz descansan, y de sus nervios, y de que ha venido á menos y se tiene que reducir, y de economías, y de la casa que ha dejado, y ofrece la casa y cualquier cosa que ocurra, y uno le ofrece la suya, para que despues tenga derecho á meterse á todas horas, especialmente á la de comer....

La vecina que se va porque ha venido á más, ó porque el pícaro del casero le ha subido el cuarto, y habla pestes del carero y de la vecindad, y dice que todos los vecinos son unos bribones, y que no es ella para vivir entre semejantes gentes, y se va debiendo el alquiler de seis ó siete meses....

La vecina que se casa y quiere que uno que ha vivido siempre en la casa vaya á la boda á acompañarla, y despues de esta molestia hay que hacerle un regalito de boda....

El vecino que viene á decir que ya tiene uno un servidor más á quien mandar, y que quiere que uno sea padrino del niño, que más tarde será un censo....

El otro que viene á invitarle á uno á que lleve vela en un entierro....

El portero que viene á dar los cumpleaños, para ver si á él le dan la propina....

La murga que viene á lo mismo, haciéndole á uno aborrecer la música y oír los extraviós á que pueden llegar un piporro, un cornetín y un clarinete reunidos....

El vecino que viene á pedir prestados cinco duros....

La vecina que viene á pedir las planchas....

El que viene á que le dejen la capa para cumplir con la Iglesia....

La que viene por los cubiertos de plata, porque le han venido huéspedes....

El cartero, el sereno, la lavandera, que vienen á pedir al aguinaldo por Navidad....

Los vecinos, los amigos, los conocidos que se le entran á uno en su casa cuando pasa una procesion....

La madre que azota cruelmente á su hijo que llora, y que obliga á uno á salir á templar sus iras, so pena de pecar por inhumano....

Los esposos que riñen y se divorcian y hacen á uno intervenir para ponerlos en paz, exponiéndose á una bofetada de la mujer, á un cachete del marido, ó cuando menos á un insulto ó una mala razon de cualquiera de los dos....

Y finalmente, los pesames, bienvenidas, despedidas, enhorabuencas y demás visitas á que está uno obligado como vecino, son otras tantas contrariedades que son capaces de hacerle á uno apetecer la vida salvaje.

V.

Es preciso confesar, sin embargo, que los vecinos de Madrid tienen una ventaja sobre los vecinos de provincias.

Aquellos se apoderan de la vida pública y privada de un individuo, y la critican, ridiculizan y comentan á su modo, pero esto no sale de una casa, de una calle,

de un barrio á lo más, porque ninguno más conoce, ni á ninguno más interesa la persona que padece.

Y fuera de esto, hay muchos vecinos, muchos sucesos, muchos asuntos de que murmurar; hay muchos que se van y muchos nuevos que vienen, continuamente está variando el panorama de la vecindad, por decirlo así; la vida de cada uno en saliendo de la vecindad, puede muy bien ser completamente ignorada, las relaciones de sociedad casi del todo desconocidas; y estas son causas bastante poderosas para aminorar ó al menos templar la influencia ó el dominio que pueden tener los vecinos sobre la vida pública ó privada de un individuo.

No sucede así en la vida de provincias. Allí, donde la murmuracion, la maledicencia, la mordacidad, necesitan algun objeto en que cebarse de continuo, es temible llegar á ser este objeto; es más temible moralmente que lo es una herida grave en lo físico; esta puede llegar á curarse y devolver la vida del cuerpo; aquella rara vez deja de matar la honra, vida del alma.

Porque en un reducido círculo, donde todos se conocen, la palabra más inocente, el acto más insignificante, la falta más leve, puede llegar á ser objeto de largas conversaciones, graves sospechas y serios contratiempos; esta palabra inocente, ese acto insignificante, esa leve falta que corre de boca en boca, se comenta y se abulta, y se exagera, y crece y aumenta en gravedad según pasa de unos á otros; y llega un extremo en que la palabra inocente, el acto insignificante, la falta leve, se han convertido en una grave falta, en una felonía, en una vileza, en un crimen, en un atentado imperdonable; y cuando llega este caso no se puede vivir, porque se vive entre la calumnia y la infamia.

Mas no se diga que caemos en un extremo vicioso queriendo pintar demasiado triste nuestro artículo de los vecinos.

Los vecinos de provincia son inexorables. Basta decir que le han visto á uno nacer y le conocen sus abuelos y parientes, que cuentan los años que uno tiene y la ropa que lleva, que critican si á Fulana le corresponde llevar velo ó mantilla, vestido de seda ó percal, abrigo ó pañuelo, este ó el otro peinado: que censuran el que uno se case con quien no le corresponde, y si ella es más que él ó él más que ella, y si pasa apuros en su casa,

Que se cuidan de si uno va á la iglesia, si su fortuna ha sido imprevista, y si uno gasta más que tiene.

Que saben el oficio de sus antecesores, y tienen que decir que el padre hizo su capital vendiendo bacalao y especias, y el hijo va hecho un caballero.

Que murmuran porque uno va elegante y tiene un hermano que va hecho un tuno.

Y otras mil extravagancias y ridiculeces que no pueden caber en este artículo.

VI.

Después de haberlo escrito me entraron ganas de vivir sin vecinos.

Una dificultad me ocurrió: Si me marchó de la vecindad, dije, tendrán que hablar los vecinos; si no me marchó, tambien; pues me quedo.

Pero en medio de todo, no sé por qué tengo que quejarme de mis vecinos.

¿No soy yo tambien vecino de mis vecinos?

EL COLEGIAL.

GALERÍA DE MATRIMONIOS.

PRIMERA PAREJA.

DON SERAFIN Y SU SEÑORA.

(Continuacion.)

Así comenzó el matrimonio de don Serafin.

Si este apreciable sugeto no hubiese sido un gallina, un pobre hombre, lo que se llama un bendito, probablemente se hubiera corregido la contrayente de aquel amor estemporáneo al difunto; pero don Serafin no era hombre capaz de la menor energía, ni siquiera de comprender y hacer respetar sus derechos de hombre y de marido.

Además, como él se habia casado principalmente para salir de patronas y tener un rincón de casa y comer siquiera un cocido limpio de espuma, pelos, moscas y otros cuerpos exóticos, lo que más le importaba era que su esposa fuese hacendosa, cuidadosa, limpia como un oro, y le guisara, le cosiera, le planchara y le hiciera todo lo que en matrimonios sin fortuna, que no pueden gastar y menos triunfar, deben hacer las buenas esposas. Y si su mujer hacia todo esto, poco le importaría que llorase por el difunto y suspirase por *Fuime el Barbucho*, que al fin un rival muerto no es lo mismo que un rival vivo, y ya quisieran muchos casados que sus costillas se enamorasen de difuntos y no coqueteasen con los vivos.

Pero don Serafin sufrió un horrible desengaño.

El segundo día de casado, su mujer hizo el chocolate y lo sacó ahumado.

Si don Serafin hubiera sido un hombre de humos, es seguro que hubiera estampado la jicara en la pared; pero él se calló prudentemente, y se ahumó el estómago con el chocolate, considerando que el primer día era disculpable el humo; pero al medio día los garbanzos estaban duros como balas, y don Serafin, aunque tenia buenas tragaderas, no los pudo tragar.

—¡Jesús! no se pueden comer, dijo el esposo.

—Serán los garbanzos de mala calidad, contestó la esposa.

—Pues no he comprado más que tres arrobas, añadió don Serafin con ganas de echarse á llorar.

—Para comprar garbanzos no hay otro como mi difunto. —Conocia si eran buenos ó malos con solo tomarlos en la mano.

—Pues yo no conozco eso hasta que los como. Puede que los hayas puesto tarde, y por eso estén duros....

—Puede ser.... Como yo no estoy acostumbrada á poner la comida.

—No, no creas que me incomodo... El primer día se debe disimular cualquier falta.
 —¿Cree V. que yo soy una criada?... Pues está V. muy equivocado.
 —Pero hija, ¿por qué me hablas con tanta ceremonia? Quien nos oyera creería que soy tu tío o tu abuelo.
 —¿Qué quiere V?... Yo no puedo acostumbrarme á tratarle á V. como á mi difunto... Si el pobre levantara la cabeza y me viera, se volvería loco... Tan celoso como era, que en cuanto alguno me miraba en la calle ya se lo quería comer. Era una fiera.
 —Lo creo.
 —Pero no para mí... Conmigo era un chiquillo... En cuanto me veía disgustada, se volvía loco...
 —Pues hija, tendría el juicio prendido con alfileres...
 —¿Qué quiere V? Eso es lo que tienen las personas sensibiles, las personas que tienen alma y corazón... No son como otras, que ni sienten ni padecen...
 —¿Esa es alusión?...
 —V. lo sabrá... Me parece que en efecto no es V. como mi esposo...
 —Sí; ya sé que tu esposo era una alhaja...
 —No lo sabe V. bien; para saberlo debía V. haberle conocido.
 —No siento no haberle visto en mi vida.
 —Pues deba V. sentirlo, porque con lo principalito de Madrid se trataba mi esposo, y en todas partes era bien recibido; y si él hubiese querido, puede que hubiera muerto siendo ministro ó intendente. Lo que él sabía de cuentas no lo saben todos... ¡Pobre hombre! en lo mejor de su edad, cuando más falta me hacía me lo llevó Dios...
 —¿No comes, alma mía?...
 —No, señor, no quiero comer... Así nos sentábamos á la mesa él y yo, uno enfrente de otro... él me hacía plato, y siempre me escogía lo mejor...
 —¿Te levantas ya?...
 —Sí, señor; estos recuerdos son demasiados tristes... ¿Qué quiere V?... Me afiga ver otra persona en el lugar que ocupaba mi esposo.
 —Pues señor, estov divertido...
 —Yo no lo puedo remediar... Conozco que V. no tiene la culpa, pero yo no debía haberme casado...
 —Ni yo tampoco...
 —Pues ¿qué... ¿qué tiene V. que decir de mí?...
 —Hija, nada... pero como lo sientes tanto...
 —Es muy diferente... V. no ha tenido otra esposa...
 —Ni la tendré, Dios mediante... Vamos, ¿quieres que demos un paseo?... Iremos al Prado...
 —No, señor, al Prado, no; en el Prado conocí yo á mi esposo, que esté en gloria.
 —Iremos al R. tiro.
 —A Retiro íbamos en verano muchas mañanitas... Aun estarán en la fuente de la Salud su nombre y el mío, que los puso él en la piedra con un carbon, y debajo un verso...
 —¿También hacía versos?...
 —Se volvía loco por los versos... ¿Cómo decía el verso que puso en la fuente?... No me acordaré ahora... ¡Ah! sí... decía:
 ¡Viva, viva nuestro himeneo!
 ¡Esposa mía, cuánto te quiero!

Martinez de la Rosa le dijo á mi esposo, que si hubiese tenido estudios, hubiera dejado atrás á muchos.
 —Sí, esos versos no los hace cualquiera... Conque ¿dónde iremos á paseo?... A la montaña del Príncipe Pio...

—Ménos que á ninguna parte... La montaña tiene para mí muchos recuerdos... Algunos domingos nos íbamos allí los dos solitos, con una tortilla, y donde nadie nos veía nos la comíamos...
 —Si quieres podemos también llevar una tortilla... De aquí allá haremos ganas de comer...
 —¡Tortilla!... ¡Ah! tortilla puede que le hiciera á V. mi esposo si levantara la cabeza...
 —¡Hombre! me parece que no es ningún agravio el que te hago con eso.
 —Para mí pasó ya el tiempo de las tortillas...
 —Para mí nó... A mí me gustan de jamon, de escabeche, de verbas, de patatas, de cebolla, de todo... Vaya, mujer, déjate de tonterías y vamos á dar una vuelta por los Carabancheles... En la puerta de Toledo hay tartanas que nos llevarán por poco.
 —A los Carabancheles ménos que á ninguna parte... En ese camino un día que tomamos un calesín, cuando aun se estibaban, volcamos mi esposo y yo...
 —¿Qué lástima!
 —Se burla V. de la desgracia...
 —Si quieres que me ponga á llorar... En fin, vamos á paseo, vamos al Botánico...
 —Huele á herbolario y está muy triste.
 —Vamos á Chamberí, á dar unas vueltas en el Tío Vivo.
 —Vaya V. solo... Allí no van más que las criadas y los soldados.
 —Pues vamos á la era del Mico.
 —Mi esposo me llevó allí dos semanas ántes de morir.
 —¡Jesús! ¡qué hombre! el indino iba á todas partes... Vamos á la pradera del Corregidor...
 —¿Entiende V. de curia?...
 —¿De curas?...
 —De curia.
 —No, hija; ¿por qué lo preguntas?...
 —Porque esa pradera debe ser mía...
 —¡Hombre! eso me gusta... ¿Pues qué! ¿tienes derecho á esa propiedad?... A ver, á ver, ¿aca los papeles... Yo tengo un amigo que tiene una novia que es sobrina de uno que está con un escribano, y puede que podamos hacer algo... Yo, como esposo tuyo, entablaré la demanda... Pleitearemos por pobres... No habrá que gastar más que en papel sellado de á dos cuartos... La pradera, por supuesto, la venderemos, porque á nosotros... ¿para qué nos sirve?... Se la venderemos al Gobierno, ó á Salamanca, ó á quien la quiera comprar... para que hagan casas, ó un Hospicio, ó un taller de coches, ó una fabrica de jabon... Nosotros no la hemos de usar... porque como tu esposo te llevó allí ántes de irse á la pradera del otro mundo... Si quieres, elevaremos allí un monumento á su memoria... una columna con dos leones abajo y un oso arriba... y una de esas mujeres en cueros, que llaman... ¿cómo las llaman?... ¡Ah! sí, ¡Venús!... Dime, dime: ¿de quién era la pradera?... ¿De tu esposo?... ¿de tu desgraciado esposo... ó de tu abuelo?...
 —La pradera... ¿no decía V. que se llama del Corregidor?...
 —Sí.
 —Pues debía ser de mi padre... que fué corregidor una vez... pero como falló sin testar...
 —¡Toma! ¡toma! pues échale un galgo.
 —¿A mi padre?...
 —No, á la pradera... Pues apenas ha habido corregidores en el mundo... Yo creí que hablabas con formalidad.

—A mí no me remuerde por nada.
 —Es muy cierto.
 —Y tan cierto.
 —Concluyamos, miserable. Yo necesito más, que es lo necesario.
 —Pero mujer de Dios, ¿qué necesidad hay... de lo necesario?
 —¿Volvemos á las andadas?
 —No, puesto que ya te he dado cien ducados.
 —A mí nada me has dado todavía.
 —Te los he ofrecido, mujer; es igual.
 —Bien; aun falta que me ofrezcas los cuatrocientos restantes.
 —Eh, eh, eh... te los ofrezco... anda con Dios.
 —Pero luego me los has de dar.
 —¡Válgate Dios por pesada!
 —Ofrecer no es dar; que yo ya te conozco. ¿Me los darás?
 —¿Eh?
 —¿Sí ó nó?
 —¡Ay! Con tus arrebatos me has puesto los nervios...
 —Responde.
 —No hay prisa, mujer: las bodas no han de ser por tu gusto hasta Navidad.
 —Pues si el primer domingo de Adviento no tienen planchada una arca de ropa blanca y otra de color, y tres colchones en el tálamo, y todos los requilorios encima, no se casarán por mi fé de bautismo, hasta allá en Pascuas floridas.
 —¡Bueno, bueno, bueno!... Déjame ya descansar.
 Y Gerónima salió con aire de triunfo. A la verdad, bien podía salir así, que arrancar, si quiera sea en promesa, quinientos ducados á un avaro, algo más es que arrancar el laurel de las batallas.

VIII.

Conta el bachiller tantas veces mentado, que llegaron Navidades, y aun Carnestolendas, sin que tuviera planchada, ni ménos sahugada, en el arca cosa de ropa ni blanca ni negra la madre de la novia: no hay para qué decir que los futuros no llegaron á presentes.
 Y no es que el avaro renunciara á su proyecto, que ántes bien la tardanza excitaba sus deseos, sino que á pesar de los pesares, el hombre no era capaz de desembolsar de una vez cinco ducados, y aun así necesitaba dejar correr un mes siquiera en re uno y otro desembolso para recobrar aliento, para criar sangre nueva, para restablecerse, por decirlo así, de una dolencia de

—V. es el que parece que habla sin ella.
 —¿Por qué me dices V. y no tú, como se usa entre casados?...
 —Porque no me puedo acostumbrar á otra cosa... Porque no me puedo persuadir de que V. sea mi marido.
 —¡Hombre! ¿Y cómo te persuadirías?...
 —No sé; eso depende del comportamiento de V...
 —Vamos, hija mía, termine esta anómala situación, persuádate de que soy tu marido, amémonos como Dios manda, olvidate del difunto, y seamos un matrimonio modelo.
 —Matrimonio modelo el nuestro, el que la muerte rompió cruelmente.
 —¡Vuelta!... Hija mía, vas apurando mi paciencia y...
 —¿Me amenaza V?...
 —No; pero dos días llevamos de casados, y en estos dos días no he oído más que alabanzas del difunto... no he oído ni una sola palabra lisonjera, ni me has dado un abrazo... ni me has dicho lo que, con los ojos bajos y con aquella zalamería, me decías cuando éramos novios.
 —¡Ay! era un sueño... y ya he despertado.
 —Entonces tú has despertado y yo me he quedado dormido, porque parece que estoy soñando... Tan raro es lo que me sucede... ¡Vaya! olvidémoslo todo y vamos á paseo. Te llevaré al café, iremos al teatro.
 —Si me lleva V. á Jaime el Barbudo...
 —¿A ver á tu difunto?
 —Pues si no, en casa me quedo... Váyase V. al café con sus amigos... Lo que ha de hacer V. despues, puede V. hacerlo desde el primer día...
 —¡Vaya!... Pues no saldremos... ¿Quieres jugar á las cartas?
 —Como los jugadores...
 —Pues entonces, á dormir voy... á ver si sueño que me quieres ó que no me he casado.

(Se continuará.)

CASCABELES.

El martes dió *La Correspondencia* una noticia que empezaba así:
 «Un mocito y una niña, esta de 11 años de edad, pidieron anoche en la casa de huéspedes núm. 16 de la calle de Juanelo, una cama en que dormir.»
 Y despues cuenta lo que nosotros no queremos copiar, y lo que habrán visto con verdadero escándalo los padres de familia.
 Creemos que dar noticias tan repugnantes no conduce á nada.
 Si hay crímenes de esa especie, ocúltense, ocúltense siempre cuidadosamente para que no tengamos que avergonzarnos.
 El fiscal de imprenta no debía permitir la circulacion de ciertas noticias.

Geroglífico del número anterior.

Si enfermo, por mujer no estás cuidado, cuéntate de seguro abandonado.

Ha dicho *La Época* que ántes del otoño tendremos una lucha en las calles.

cuerpo y alma. Y gracias que para Carnestolendas habia ya en poder de su intransigente esposa lo necesario para hacer la cama, cama de palo y palo de horca en que quisiera ver ahorcadas á todas las mujeres gastosas el celeberrimo Orólatra.

También cuenta el bachiller que en aquel, como en todo pueblo cristiano, se celebraba el Carnaval con mogiganga y otros divertimientos gentílicos, que, aunque pequeño, no era ménos católico el pueblo de estos villanos que la gran ciudad del Papa y sus santos cardenales. Porque al presunto reo, ó sease novio, no hubo de venirle en mientes el empecatado deseo de salir enmascarado, y para hacerse más notable entre todos los disfraces, salió á la plaza pública subido en luengos zancos de modo que llegaba á los aleros.

Diz que el más encopetado suele dar mayor caída; y es una verdad de á folio. La historia está llena de recuerdos que lo atestiguan, desde los zancos de los nietos de Noé, que eran una torre, hasta los zancos de Felipe Igualdad, hijo del carcelero de Modigliana, que eran un trono.

Y veis aquí cómo el hijo de Caberzas, por querer encumbrarse sobre todos los pequeños, vino al suelo con tal y tanta violencia, que quedó lastimosamente quebrantado. ¡Y tan quebrantado! como que al reconocerse cuando pudo no tenia en su cuerpo un hueso que lo quisiera bien, pues aunque tenia una costilla que no le quería mal, esta costilla no era suya todavía por las morosidades de su suegro.

Lleváronlo á casa ensangrentado desde la cabeza hasta los pies, y allí fué el gemir de esta, el gritar de aquella, el reconvenir del otro con lágrimas, gritos y cuentas que de sus respectivas almas les salían.

—¡Ay mi hermano!
 —¡Ay mi hijico!
 —¡Adios mi dinero!
 Suponemos, no sin razon, que nuestros entendidos lectores sabrán aplicar estas exclamaciones á las almas respectivas.

—¡Lo estás viendo, mujer del diablo! decía á su esposa el gran tacaño hablándole ya en reserva. ¡Lo ves! Si ya estuvieran casados, del póstumo, del póstumo serian los bienes del difunto; finado luego el póstumo, de la madre serian los bienes de su hijo; muerta la madre y... mi esposa, míos, legitimamente míos serian todos los bienes de este litigio. Ahora... ¡voto á...! ¡Dios te tome en cuenta el ladroncio que me has hecho!

(Se continuará.)

LA JUSTICIA POR SU MANO.

LEYENDA.

VII.

(Continuación.)

—Poco dinero es, y yo necesito más, mucho más.
 —Mujer de... de tu marido! ¿Pues de qué diablos va á ser el dichoso tálamo? Responde, ¿va á ser de plata?
 —Así viviera su... bienhechor!
 —Pues entonces ¿de qué va á ser?
 —De palo.
 —En él habian de ahorcar á todas las mujeres... gastosas.
 —De lo mio gasto si por mí lo dices.
 —Yo no he nombrado partes.
 —Por el acaso. Y debias también, amigo, parar mientes en que el novio no es tampoco un Juan Sintierra, bien que su sangre no sea tan ilustre como la de tu hija.
 —¡Voto á la sangre ilustre de mi hija! En fin, acabemos de una, que yo tengo mucho que hacer ¿Qué es lo que quieres?
 —¿Pues qué ménos he de querer que... quinientos ducados?
 —¡Quinientos ducados! exclamó el avaro llevándose instintivamente las manos á los bolsillos, como si quisiera precaverse de un despojo. Reconociendo muy luego que no tenia en ellos valor de una parpalla, se las llevó á la cabeza, erizada como un puerco-espín, dejándolas, en fin, caer descoyuntadas. No profrizó una palabra, pálido, tamboloroso, asustado... Q. eriendo, empero, expresar su justa cólera, justa, si se debe justicia á los avaros, soltó una carcajada irónica.
 —¡Te ries de mí exclamó Gerónima picada. Pues no se casan.
 —¡Sí! gritó el avaro dan do al monosílabo la expresion que él solo podía darle. ¡Sí! esto es, se casarán, me casaré, nos casaremos por encima de la iglesia (con la herencia, se entiende).
 Agotado en aquel supremo esfuerzo se dejó caer sobre una silla y añadió con voz afónica: —Vete, vete; déjame en paz. Te daré hasta cien ducados á cuenta del menor, que al fin para él ha de ser la gallina.
 —Y si al fin ha de pagar él, ¿á qué andas misereando?
 —¡La conciencia, Geroma, la concienical
 —¡Pche! ¡No te remuerde por otras cosas?...

¡Hombre, por Dios! déjense VV. de luchas. Pues buenos hemos quedado para luchas con el sistema de ver poco á que nos ha reducido el señor Cólera. Pueblo honrado y valiente, di á los políticos que luchen ellos si quieren, que salgan los mandones á darse pescozones y á comerse crudos, que tú ya sabes lo que sacas de esas luchas... quedarte como estabas, ó caso peor.

¡Anda! ¡anda! que luche quien quiera con su abuela.

Parece que se va á abrir una suscripción entre todos los hombres políticos de este país, que no pagan, sino que cobran ó quieren cobrar. ó han cobrado, con objeto de reunir entre ellos el importe del trimestre de la contribución que tienen que pagar en estas tristes circunstancias los que siempre pagan y nunca cobran.

Esta noticia es mentira.

Oigan VV. esto, caballeros:

El Gobierno republicano de Suiza acaba de aplicar la pena de palos á los delitos de imprenta, es decir, á los delitos no, sino á los delincuentes. Mr. Bynicher ha escrito un folleto muy bonito, y por este delito el tribunalito le condenó á recibir veinte palitos por mano del verduguero. Apeló el pobre hombre de la sentencia ante el tribunal superior de Berna, y este ha confirmado el fallo, es decir, que á estas horas ya le habrán zurrado la badana al pobre autor del folleto.

E to lo han hecho los republicanitos, que á cada palo habrán dicho:—Libertad, igualdad, fraternidad y barbaridad.

Digan los neos lo que quieran de *Los Amigos de los pobres*; la verdad es que ellos, los neos, no han hecho mas que hablar muchas tonterías en las circunstancias por que acabamos de pasar; los *pobres* no pueden dejar de considerar como *amigos* á los que han visto á su lado, y mal pueden dar el mismo nombre á los que son *amigos de los pobres* desde el gabinete de su casa y sin tomarse molestia alguna.

Charadita.

La prima, si la repites, es la cuarta repetida, y prima y cuarta es lo mismo que la cuarta y prima unidas; es decir, es una sombra que á los chicos horroriza; tercera y cuarta es un hombre que gana las simpatías de la gente pediguña, de las mamás y las niñas, y es lo mismo exactamente la tercera con la prima; y el todo es un desdichado que en Dios la esperanza cifra, y en la santa Caridad que le socorre y le anima.

Hemos entregado á la desgraciada viuda de D. J. A. los tres duros que para ella nos remitió una señora, á la que suplicamos nos diga qué destino hemos de dar á los 40 rs. que en union de aquellos nos remitió con destino á otra persona, porque en conciencia, y según datos adquiridos posteriormente, no se le debe entregar á la persona que nos indicaba. La razon se la diremos si nos indica cómo la hemos de dirigir una carta.

Ha fallecido *El Contemporáneo*.

Sus últimas palabras han sido que, «da por terminada su publicacion despues de haber sido resueltas varias é importantes cuestiones políticas por medio de la libertad.»

A nosotros nos parece que habrá muerto por falta de suscripciones, porque un periódico que las tiene no muere, aunque se resuelvan todas las cuestiones del mundo.

Sentimos esta desgracia sin poderla llorar, que es lo peor.

Charadita del número anterior.

Lo digo de mala gana, que me duele criticar, pero he visto ejecutar sin compasion *La Africana*.

La Señora de siempre.

Esto es lo que yo no me explico.

Cuando el señor Alonso Martínez formaba parte del ministerio Miraflores, *El Diario Español* le soltaba cada claridad, y más que claridades, que valia un duro, advirtiéndole que en aquella época el señor Alonso Martínez era ministro de un ramo que entiende S. E. Hoy la misma excelencia es ministro de un ramo que la misma excelencia ha dicho que no entiende, y *El Diario Español* le da mucho jabon.

Misterios son estos de la política que no están al alcance de los profanos.

El Consejo de Estado francés ha hecho una reduccion de 30.000.000 de francos para nivelar los gastos con los ingresos.

Eso hay que hacer aquí, es decir, hay que hacer más, hay que hacerse de modo que los ingresos sean mayores que los gastos... y lo que sobre para mí.

Durante la funcion de regativa celebrada el 19 del corriente en la iglesia de Santa Cruz por los hermanos de la Paz y Caridad, las señoras encargadas de la mesa de peticionario recogieron 873 rs. 24 céntos., que fueron entregados en seguida á la Junta de socorros del Distrito de la Audiencia. Omitimos los nombres de las señoras postulantess, porque su caridad ha exigido esta condicion.

La pereza es la llave de la pobreza. Mucho más cuesta no hacer nada que trabajar. Se puede comparar el estilo de un escritor al agua, cuya bondad consiste en ser clara, natural y corriente.

Vale más sufrir alguna contrariedad, ó mal éxito, ó pérdida en una empresa, que dejar de acometer la empresa por miedo. El que comienza ya tiene por esto solo algun merito, pero el que teme empezar no tiene ninguno.

Para lo que se necesita más talento es para tratar con un tonto.

La piedra que un tonto arroja al mar, cien sabios no la podrán retirar.

Un tonto es el único capaz de hacer muchas preguntas á las que muchos sabios no podrán contestar.

Las mujeres no se componen más que para darse envidia unas á otras.

Más vale dar hospitalidad á un hombre que no haya comido en ocho dias que á un hablador.

El jueves es la gran corrida de toros á beneficio del hospital de cigarreras. No hay que faltar, señores y señoras.

Dicen que ya se va á cobrar el segundo trimestre de la contribucion del año que viene!

¡Bien, amado Gobierno!... ¿Qué te importa que haya cólera? ¿qué te importa que estemos todos sin un cuarto?...

¿Por qué no has retrasado un poco el cobro de la contribucion?... No hubieras hecho nada demás en dar siquiera á los contribuyentes un mes ó dos de próroga.

Dos retraimientos equivalen á un suicidio (políticamente hablando, señores). Esta no es doctrina de EL CASCABEL, que el pobrecito como no entiende de política, no se mete en esas honduras; es la fórmula simbólica de la opinion de muchos de los progresistas á quienes su liberal partido quiso partir la cabeza por querer charlar un rato en la sesion del domingo.

Continúa la distribucion de los socorros que se han reunido en este periódico para las víctimas del cólera.

- | | | |
|---|-----------------|-------|
| | Suma anterior.. | 5,180 |
| A R. B., que vive calle de las Maldonadas, 11, se la socorrió el 26 que fué atacada del cólera, con | | 60 |
| A A. G., que ha perdido á su madre, muerta del cólera, y tiene á su esposo enfermo del pecho hace seis meses | | 80 |
| A A. P., viuda de R. M., con tres hijos, que falleció en la calle de Mira el Sol, núm. 8. | | 80 |
| A S. A., viuda con un hijo de J. C., mozo de café, muerto del cólera en la calle de las Salesas, núm. 17. | | 80 |
| A M. M., lavandera, enferma del cólera. Calle del Salitre | | 20 |
| A J. P., jornalero atacado del cólera. Calle del Meson de Paredes, 34, guardilla. | | 40 |
| A T. C., viuda con dos hijos de A de A., que ha muerto del cólera en la calle del Aguila, 38. | | 60 |
| A M. del P., viuda de J. V., tahonero, muerto del cólera en la calle del Oso, núm. 7. | | 60 |
| A F. E., carpintero, que no puede trabajar por hallarse enferma del cólera su esposa y una hija, y tener que cuidar de seis hijos más que tiene, y sin más recurso que la caridad. Calle de la Huerta del Bayo, 15, principal. | | 200 |
| A M. F., jornalero con cuatro hijos, el mayor de 11 años; ha perdido á su mujer M. V. Plazuela del Almillo, 7, principal. | | 100 |
| A T. B. y S., viuda de J. A., jornalero que murió del cólera en la calle de las Salesas, 12, principal. Esta interesada tiene consigo á su hijo enfermo y dos nietos. | | 70 |
| A T. A., hija del anterior: ha estado enferma del cólera y ha perdido un hijo de la misma enfermedad. Calle de las Salesas, 12, guardilla. | | 40 |
| A J. L., jornalero: ha perdido á su mujer y le queda una hija pequeña. No tiene recursos. | | 80 |
| A M. C., hija de E. C., portero de una sucursal del Monte de Piedad. Este infeliz tiene otros dos hijos, uno de los cuales es aprendiz de sastre y lo mantiene su maestro, y otro está en una tahona, por lo que solo se socorre á su hija M. | | 40 |
| A I. C., viuda, que ha perdido á consecuencia del cólera á su hijo único que la mantenía. Calle de la Comadra, 53, patio. | | 50 |
| A T. G., esposa de R. M., jornalero muerto del cólera. Calle de la Justa, 26. | | 20 |
| A V. G., viuda costurera con dos hijas enfermas y sin recurso alguno. San Pedro, 6 duplicado. | | 50 |
| A C. G., convaleciente del cólera, de cuya enfermedad ha muerto su esposa. Afueras del Puente de Segovia, núm. 8, en las Escuelas. | | 40 |
| A R. Z., viuda de I. S., muerto del cólera. Ha perdido tambien una hija de 12 años. Afueras del Puente de Segovia, Tejares de D. S. C. | | 40 |
| A C. M., vendedora: ha perdido una hija | | 20 |
| A I. G., viuda de J. D., albañil, muerte del cólera el dia 21 de Octubre en la calle del Aguila, núm. 37 | | 40 |
| A T. S., viuda, atacada del cólera el dia 28. Calle del Portillo, 9, portería. | | 60 |
| A P. M., vendedor, que ha perdido á su esposa y le quedan cuatro hijos. Extremadura, 7. | | 50 |
| A J. S., zapatero, que ha perdido á su mujer del cólera morbo quedándole dos niñas y hallándose en gran necesidad. Comadre, 91, patio | | 50 |
| A M. V., sastre, que ha perdido á su madre | | |
| A. A., ciega, pobre de solemnidad. Este inte- | | |

resado no tiene trabajo. Barquillo, 41	20
A M. C., esposa de S. H., cantero que ha tenido el cólera, y está en muy mal estado, y sin recursos. Velarde, 10.	20
A M. del B., albañil, que por cuidar de una criatura de quince meses, no ha podido trabajar desde la muerte de su esposa, acaecida recientemente á causa del cólera-morbo. Regueros, 8.	20
A J. F., vendedora, enferma del cólera. Salesas, 15.	20
A Mr. J. C., de nacion francés, que tiene á su esposa enferma del cólera y recién parida. Barquillo, 39.	20
A M. C., viuda de R. M., fogonero, muerto del cólera. Esta interesada tiene dos hijas menores. Embajadores, 46.	40
A B. B., convaleciente del cólera. Su marido tiene 74 años. Quiñones, 16.	20
Total.	6,780

Suscripcion abierta en la redaccion de EL CASCABEL para socorrer á los pobres cólericos.

INGRESOS HASTA EL JUEVES POR LA MAÑANA.	
Suma anterior..	6,554-50
Pio Martin (Valladolid).	4
C. L.	10
Un lector constante á EL CASCABEL.	20
M. O. de C.	20
M. O.	40
V. B. del A.	10
D. F. L. F.	20
T. P. G.	20
Un jornalero, suscriptor á EL CASCABEL. (San-tiago.)	10
Un alemán.	10
El niño Carlitos.	40
La niña Ritita.	40
R. C., suscriptor.	10
Tres niños.	12
Victoriano de Ceils.	30
Antonio Martinez.	10
Total.	6,860-50

Hoy queda cerrada la suscripcion.

Cerogiflido



ANUNCIOS.

ALMANAQUE DE EL CASCABEL, con artículos de los principales escritores, y una poesia inédita de Espronceda y muchos grabados.—Se vende á cuatro reales en la Administracion. Las personas que se suscriben por seis meses, reciben gratis este Almanaque.

¡AL PUEBLO!...

Consejos higiénicos y remedios preventivos contra el cólera-morbo-asiático, con el modo de disminuir sus estragos y combatir los primeros sintomas hasta la llegada del médico, por el doctor don José Diaz Benito.

Se vende á 2 reales en la Administracion de EL CASCABEL, calle de los Caños, núm. 4. Se remite á provincias á los que envíen cinco sellos de cuatro cuartos.

Por ausentarse su dueño, se cede en traspaso un establecimiento de barbería, cuyo alquiler es arreglado. Darán razon calle de la Fé, núm. 6.

LA CONCEPCION.

La casa que esta Empresa ha regalado entre sus suscritores el 26 de Octubre anterior, ha tocado á la suscripcion núm. 7, que llevaba el 33.007, número igual al del premio mayor de la Loteria Oficial. Debien-do sortzarse otras cuatro en el transcurso de diez meses, se admiten suscripciones con opcion á ellas, calle de Santa Bárbara, 4, principal.—El Director, Manuel Heredia.

Por lo contenido en este número,

F. Perezagua.

Editor responsable, *D. Diego Mendez.*

MADRID 1865.—Imprenta de **El Cascabel,**

á cargo de M. BERNARDINO, calle de los Caños, núm. 4, bajo.